

# PALADARES DE CORDELIA

3

PALADARES DE CORDELIA

# Felipe II y las Flores



Primera edición en REINO DE CORDELIA,  
mayo de 2010

Edita: Reino de Cordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© Reino de Cordelia, S.L.

© Herederos de Agustín González  
de Amezúa y Mayo, 2010

Prólogo © José Esteban, 2010

Ilustración de cubierta, *La Primavera* (siglo XVI),  
de Giuseppe Arcimboldo

Ilustraciones interiores correspondientes a la colección  
van Berkhey del Real Jardín Botánico

Grabados de Noah Webster (1758-1843)

ISBN: 978-84-936929-8-8  
Depósito legal: P- 113/2010

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido  
*Edición:* José Esteban  
*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Impreso en la Unión Europea  
Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
sólo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra.

# Felipe II y las Flores

Agustín G. de Amezúa

Edición y prólogo de José Esteban





# Índice



Prólogo	II
Un Rey antófilo	19
I	19
II	87



# Prólogo



HOJEANDO EL TERCER TOMO de *Opúsculos histórico-literarios* del doctor D. Agustín G. de Amezúa y Mayo\*, llamó mi atención el titulado *Las Flores y Felipe II – Un rey antófilo*. ¿Era eso posible? ¿Gozó de alguna sensibilidad humana el tal personaje? ¿Pudo ser sensible a las flores, a los jardines y hasta a los ruiseñores? Ansioso, leí y releí, con atención, esas curiosas y en

---

\*Agustín G. de Amezúa y Mayo (Madrid, 1881-1956) fue crítico literario e historiador español. Doctor en Derecho por la Universidad Central, ejerció la abogacía y dio conferencias en la Academia de Jurisprudencia y Legislación, de la que fue miembro de mérito. Se entregó después a la investigación y a la crítica literaria bajo el magisterio de Menéndez Pelayo, Cristóbal Pérez Pastor y Francisco Rodríguez Marín. Ilustre cervantista, la Academia Española concedió la medalla de oro a su

cierto modo provocativas páginas y me quedé asombrado. Y más que asombrado, convencido. Y más que convencido, entusiasmado. Se trataba para mí de todo un descubrimiento que siempre quise trasladar y redescubrir a los demás. Y ahora, después de algunos años, he conseguido mi intento. Sí, el incomprendido, “el rey enigma para los historiadores”, el suspicaz, el débil, el amigo y protector de asesinos, tuvo su alma en su armario y amó las flores y le procuró tiempo, dedicación y espacio en mayor medida de los que nos creemos sensibles y hasta poeta.

Años después, leyendo a Henry Kamen y su singular biografía *Felipe de España*, pude volver a confirmar lo afirmado tan rotundamente por nuestro escritor, con medio siglo de

---

edición crítica de *El casamiento engañoso* y *Coloquio de los perros*. Académico, fue además presidente de la Sociedad de Bibliófilos Españoles, Secretario del Archivo Histórico Español y presidente del Instituto de Estudios Madrileños. Acumuló una impresionante y sugestiva biblioteca particular. Entre sus obras destacan *La batalla de Lucena y el verdadero retrato de Boabdil* (1915), *El marqués de la Ensenada* (1917), *Antonio Tórquemada* (1943), *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, 3 volúmenes en 5 tomos (1949) y sus impagables *Opúsculos histórico-literarios*, 3 volúmenes, 1951.



retraso. La pasión de Felipe II por el campo le llevó a descubrir “la delicia de los vastos jardines a la francesa y la posibilidad de combinar el campo con la vida palaciega. Lleno de entusiasmo, en 1559 se trajo consigo la idea de los jardines. A medida que se hacía cada jardín, pasaba a los diseñadores listas manuscritas de plantas e ideas. Envío expertos al extranjero (...). Su amor por la naturaleza también le convirtió en uno de los primeros gobernantes ecologistas de la historia europea” (Kamen, pág. 191).

Dejándose los ojos en los amarillentos legajos del Archivo de Palacio, el investigador Amezúa y Mayo fue descubriendo una faceta inédita en la vida de un Rey que solía vestir de negro: su pasión por los jardines y por las flores que los pueblan.

Esta historia comienza un 23 de agosto de 1559, cuando, desde Flandes, Felipe desembarcó en el puerto santanderino de Laredo. Con sus colecciones de Arte, traía a España una nueva y profunda afición, su amor por la naturaleza. “Y de cualquier manera que sea (huélgase) en el cam-

po", escribe su ayo Juan de Zúñiga al Emperador.

Su amor a la soledad y la quietud, su aborrecimiento de las ciudades, le llevan a buscar lugares donde pueda refugiarse. No es uno solo, sino varios los lugares que amorosamente habilita y hermosea. La Casa del Campo y el Palacio de El Pardo, para los meses del invierno; Aranjuez y Aseca, en los primaverales; y Valsaín, como resguardo de los calores del estío. Y cuando levante la mole ciclópea de El Escorial, en una dehesa cercana, La Fresneda, construirá también una casa o palacio a dónde ir a solazarse.

Más para que las flores luzcan, hay que contar con hombres expertos y entendidos y en su busca saldrá el Rey. Comisiones y encargos salen de la Corte para que le busquen por la ancha Europa jardineros prácticos y duchos en su oficio, y así, a mediados de 1561 comienzan a llegar a España, en número copioso, flamencos en su mayoría. En años sucesivos, las Cédulas regias nos dan noticias de nombramientos de jardineros para los distintos sitios reales. Pero también se necesitan árboles

y estos llegan de Francia y de Flandes; de Valencia, murtas, jazmines y otras plantas para los jardines de Aranjuez, y de Sevilla, plantas y yerbas con igual destino. Y cuando adelantan las obras de El Escorial, vienen árboles y flores y raras especies botánicas que han de encontrar allí su acomodo.

De toda la cohorte de jardineros destaca por “su suficiencia y habilidad” Juan de Holbacq, flamenco, y es el preferido del rey, además de “destilador de aguas y aceites”, lo que hoy conocemos como perfumista.

El nombre de Aranjuez hízose famoso en la literatura y en el habla popular como lugar de delicias o verdadero paraíso terrenal. Un testigo describe que a fines del siglo XVI, poco antes de morir Felipe II, “los árboles de todas clases, chopos, álamos, moreras, nogales, fresnos, almendros y sauces, con otros frutales, pasaban de 200.000”.

Cuando don Felipe hace de El Escorial su estancia predilecta, allí llevará su entrañable afición a las flores. El padre Sigüenza describe maravillado esos jardines sin igual y nos aporta un dato fundamental para esta

historia: el Rey se hacía llevar ramilletes de ellas a su cámara. “Estos cuadros —escribe— son tan frescos y hermosos en todo el año, que no hay mes ninguno, ni tan apretado del frío ni tan pasado del calor, en que no hagan en él muchos y muy graciosos ramilletes de sus flores, *que se llevan a los Reyes*, y se ponen en los altares”.

La segunda parte de estas páginas sirvieron de prólogo a un muy raro libro, dedicado a Felipe II por su autor, Gregorio de los Ríos, y titulado *Agricultura de jardines* que es la primera obra impresa en el mundo en esta materia. En ella se registran cientos de flores con sus correspondientes nombres en aquel español. Oigamos algunos de estos encantadores nombres: albahaquillas, almoraduxes y altamisas; besicos de monja, amaros y verdolagas; corazoncillos, cidronelas y zativas; espuelas de caballero y filopéndolas; gladiolos y gigantas; menotisas y mirabeles; napeles y violas; pensiles y pimpinelas; papagayos y sandinas; serpilos y toronjiles, elalas e hisopillos y un largo etcétera. “¡Qué colección de voces tan lindas y graciosas de

flores, algunas llegadas hasta nosotros!”, exclama el autor.

Que esta pasión por las flores era algo auténtico en el ánimo del monarca, lo vemos en las cartas que desde Lisboa envía a sus hijas, en las que añora sus jardines españoles y, ¡pás-mense!, el canto y gorjeo de sus ruiseñores. “Y de lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruiseñores, que ogaño no les he oydo, como esta casa es lejos del campo”.

Pues bien, el libro citado *Agricultura de jardines* se cierra, precisamente, con unas páginas dedicadas a la crianza y cuidado del ruiseñor. Contra la opinión que modernamente podamos tener de la insensibilidad de los españoles de entonces, el hecho cierto es que el canto de este pájaro causaba en sus oídos un real e indefinible gozo. Como se lo causaba a su Rey, así como la nostalgia cuando no podía escucharlos. ¿Conoció el autor, Gregorio de los Ríos, esta pasión de Felipe II, al dedicarle, como lo hizo, su impar libro?

Y terminamos. Después de tantos testimonios y propias confesiones,

“¿será aventurado afirmar (se pregunta el autor de estas páginas Agustín Amezúa y Mayo) que Felipe II fue el monarca más amante de las flores, el Rey antófilo (formemos el neologismo para él que tanto lo merece), antófilo por excelencia?”.

Se trata en realidad de unas páginas tan sorprendentes como deliciosas, a las que ningún lector, como nos ha pasado a nosotros, podrá permanecer indiferente. Escritas en un castellano rancio y rico, sugerentes y deliciosas, nos hacen olvidar, tal es su encanto, que se trata de un ensayo erudito y científico, escrito por uno de los investigadores e historiadores más considerados del pasado siglo XX, entre nosotros y autor de una considerable y profunda obra.

**José Esteban**

# Un Rey antófilo\*



## I

CUANDO RECOGÍ la honrosa invitación de la Junta Directiva del Ateneo para participar en el ciclo de conferencias, tan acertadamente organizado por ella, y apunté el título de la mía: *La sensibilidad humana de Felipe II*, me asaltó el temor de que no faltaría quien, al leerlo, se preguntase con aire entre escéptico y burlón: “¿Pero es que Felipe II tenía sensibilidad?”. La cosa no era para menos, pues si la sensibilidad es la facultad del alma que, agu-

---

\* El texto de la primera parte de este volumen corresponde a una conferencia pronunciada por Agustín Gómez de Amezúa en el Ateneo de Madrid, en la que abunda sobre la afición a la floricultura de Felipe II. (Nota del editor).

zando nuestros sentidos, los hace más aptos y capaces para percibir primero y gustar después de la belleza escondida de las cosas, y de lo delicado, tierno y sutil de las personas, aquella misma que nos proporcionará después sensaciones exquisitas y emociones nuevas, y que no anida sino en espíritus selectos y refinados, mal parecía encajar, en verdad, esta palabra en el Monarca que durante tres siglos ha venido siendo, para el común de los historiadores, el prototipo de la impasibilidad y la dureza, alma cerrada y hostil a toda efusión humana y generosa. No estaba, pues, semejante hipótesis fuera de lugar. Más aún: la sensibilidad, tal como hoy la entendemos, parece conquista y patrimonio de los tiempos modernos, en que la educación y la cultura han abierto como unos anchos ventanales al espíritu para que pueda asomarse y se deleite en paisajes y matices que no conocieron nuestros mayores. Todo, por tanto, parecía conspirar contra mi propósito, y así hube de temer que ante alguno de vosotros desfilase mentalmente otra vez la tétrica comitiva que com-



puso la leyenda negra: los celos envidiosos de don Felipe para con su hermano don Juan de Austria; su severidad inexorable con los señores flamencos; la prisión y muerte de su hijo, el desdichado príncipe don Carlos; en suma, todo ese conjunto de falsedades históricas y mentirosas ineptias, que traen al recuerdo aquella certera sentencia de Lamartine, cuando decía que muchos convierten a la Historia en “la calumnia de los muertos”.

Dejemos a sus modernos biógrafos, extranjeros beneméritos no pocos de ellos, que, aventando estas sombras espesas, hagan que brille de nuevo la luz resplandeciente y reivindicadora de su memoria, ya que a nosotros nos espera esta tarde otra tarea no menos grata: la de descubrir cierta faceta de su sensibilidad, de la que nadie había hablado hasta hoy, porque estaba como oculta y soterrada bajo los amarillentos legajos de un archivo, el Archivo de Palacio, gracias a cuyo concurso, y al de unos libros viejos, podremos emprender ahora este nuevo *Viaje sentimental* en busca de esa cosa extraña y misterio-

sa que se encierra en el rótulo de esta conferencia: *La sensibilidad humana de Felipe II. Un Rey amante de las flores*. Acompañadme también vosotros en él, que espero que no os defraudaré.

La sensibilidad ofrece diversas formas o facetas; hay sensibilidad afectiva, la que engendra la amistad y el amor; es la más común y frecuente, como lo son también estos sentimientos; hay sensibilidad artística, que es la aptitud de nuestro espíritu para recrearse en las cosas bellas: una puesta de sol, el espectáculo del mar, un hermoso cuadro, una música inspirada; y, por último, existe un tercer género de sensibilidad, más privilegiado y excepcional, cual es la visión del color y el sentido del perfume.

De la sensibilidad afectiva de Felipe II, manifestada en el amor y en la amistad, sabemos realmente poco porque, el gran respeto que infundía la majestad soberana de aquellos siglos, hacía que todos, súbditos y cronistas, se detuvieran reverentes ante las puertas que conducían a la intimidad regia, sin osar trasponerlas; los Reyes no

podían tener amigos, porque su condición, superior a todos, no lo permitía; y en cuanto al amor que profesó don Felipe a sus esposas, tampoco son muchas las noticias auténticas que sus contemporáneos nos dejaron. Con todo eso, cabe asegurar que su sensibilidad afectiva no brilló ciertamente mucho con sus dos primeras cónyuges: María de Portugal y María Tudor; la primera, por demasiado niña, acaso por aquello que, con cruda y graciosa frase, decía Lope de Vega, tan experto catador de bellezas femeninas, de las mujeres muy jóvenes: “Que huelen al nido”; y, en cuanto a la Reina inglesa, porque basta que os acerquéis a nuestro Museo del Prado para que el retrato implacable que Antonio Moro pintó de ella os dé la explicación cumplida del desamor de su marido. Creo, en cambio, que el corazón de don Felipe latió más al unísono con los de sus dos últimas esposas: Isabel de Valois y doña Ana de Austria; especialmente con la primera, ráfaga pasional suya, que la muerte, impiamente, cortó. Por todo ello, esta primera faceta de la sensibilidad

afectiva de Felipe II es todavía para nosotros un tanto oscura e imprecisa, y el desarrollarla ahora me llevaría muy lejos de mi intento.

En cambio, la segunda, la que podríamos llamar artística, se nos presenta más clara, documentada y categórica. Todos lo sabéis ya, y nada puedo descubrir os en este contorno suyo: Felipe II fue uno de los monarcas más amantes de las bellas artes que nunca hayan existido. Coleccionista apasionado de cuadros, estatuas, miniaturas, vidrios y todo linaje de preciosidades artísticas, que convertían al Alcázar madrileño en un verdadero museo; enamorábale singularmente la pintura, y para colmar sus gustos, llamaba a los mejores pintores de su tiempo; y si la edad provecía del Tiziano no le hubiera impedido venir a España, hoy tendríamos decoradas las estancias de El Escorial por los pinceles del prodigioso artista<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup>Para este punto, véanse las historias del Arte español, y más especialmente la obra del padre J. Fernández Montaña: *Felipe II el Prudente, Rey de España, en relación con artes y artistas, con ciencias y sabios*. Madrid, 1912. (Todas las notas son del autor).

Verdad es que su sensibilidad pictórica no llegaba hasta comprender al Greco, ya que, según refiere el padre Sigüenza, cuando le presentaron el estupendo cuadro de *El martirio de San Mauricio*, pintado para El Escorial, “no le contentó<sup>2</sup>”; mas, ¿cuántos siglos no han sido menester para que críticos y profanos adivinaran el genio del famoso Domenico? ¿Por qué hemos de censurar esta incompreensión de su mérito por Felipe II, cuando bastantes de nosotros hemos conocido tiempos, no muy distantes, en que sus cuadros se vendían por cantidades que hoy juzgaríamos despreciables, pero demostrativas de su entonces escasa estimación?

Sobre estas dos formas de sensibilidad, que en acatamiento al título de esta conferencia no podía por menos de tocar, aunque fuese someramente y de paso, hay una tercera, curiosa por extremo, que no se ha mencionado nunca por ninguno de sus biógrafos, de una innegable modernidad, y

---

<sup>2</sup>Fr. José de Sigüenza: Tercera parte de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Madrid, en la Imprenta Real, 1605, página 835.

de la que voy a ocuparme esta tarde, a saber: el amor grande, intenso y apasionado que Felipe II sintió por la Naturaleza y por las flores. Todo cuanto ahora os diga es rigurosamente histórico, y al par de cada dato o afirmación mía podría esgrimiros el documento inédito que lo prueba.

Pero basta ya de preámbulos, y entremos de lleno y confiados en nuestro tema, que sabroso y enigmático nos espera.

CUANDO A 23 DE AGOSTO DE 1559 embarcaba Felipe II en el puerto de Flesinga para volver a España, con los cuadros, esculturas, tapices, muebles y otras maravillas artísticas, coleccionadas por su padre el Emperador y por él mismo durante sus estancias en tierras flamencas y alemanas, gran parte de las cuales devoraría el mar, miserablemente, quince días después, en la terrible tormenta que se desencadenó a su arribo a Laredo, traía además consigo una afición poco frecuente, pero muy noble y simpática, por los árboles, flores y jardines.

No es tal afición propia y adecuada a la juventud, ni tampoco hasta entonces había dado muestras de ella el joven Príncipe; sus biógrafos nos hablan, en cambio, de su pasión por la caza, la cual, contados apenas trece años de edad, le hacía perseguir encarnizadamente los venados y jabalíes en los montes de El Pardo y bosques de Aranjuez, pasión tan viva en él que el mismo Emperador—celoso, por su parte, de la conservación y aumento de la caza en sus sitios reales—había tenido que ponerle coto y medida en sus proezas cinegéticas, tasándole, por ejemplo, la temporada venatoria de 1541 en seis piezas mayores, únicas que le permitieron matar, y restricción de la que el regio mancebo se compensaba con la caza, a su talante, de innúmeros conejos<sup>3</sup>.

Pero, dentro de esta pasión venatoria de don Felipe, apuntaba, escon-

---

<sup>3</sup>Vid. March: *Niños y juventud de Felipe II*. Madrid, 1941-42, I, páginas 73, 95, 97, 99, 100, 104, 107, 123, 235, 239, 240 a 247, 250, 253, 295, donde se hallarán muchas noticias sobre esta pasión venatoria del joven Príncipe y de su afición a los halcones, que, asimismo, era muy grande. (*Ibidem.*)

dida y pujante ya, otra tendencia o inclinación muy viva y congénita en él, que con los años se convertiría en modalidad típica de su carácter: su amor al campo. Cumplidos apenas los catorce años, en una de las cartas en que su ayo, don Juan de Zúñiga, daba cuenta a Carlos V de la vida y educación de su hijo, al referirle que, cuando en cumplimiento de las órdenes recibidas ya dichas, no podía usar de la ballesta, en la que se había hecho muy diestro y hábil, holgábase, en cambio, con la caza de halcones y otras aves de altanería, añadiendo este inciso, revelador ya de la que llegaría a ser con los años una pasión irrepresible: “Y de cualquier manera que sea (huélgase) en el campo<sup>4</sup>”, frase significativa por demás, que confirma

---

<sup>4</sup>El texto completo de este párrafo, muy interesante, dice así: “Va un día a la semana a caça con los halcones, y a auído días de buenos buelos; y aunque huelga mucho en lo de la ballesta, quando no puede gozar de aquello, huelga con los halcones y de *qualquier manera* que sea en el campo; y si algun día passa los puertos, no se le olvida yr al Bosque [de Segovia] y matar si pudiera mas de los tres venados, como V. M. lo manda”. March: *Niñez y juventud de Felipe II...* 1, 247. Tiene esta carta fecha de 24 de marzo de 1541. No había cumplido aún el Príncipe los catorce años.



la profunda verdad del vulgar refrán castellano: “Genio y figura, hasta la sepultura”.

El campo atrae y fascina a la juventud con los deportes violentos, la caza, la equitación, la marcha, y de todos ellos dio don Felipe durante la suya pruebas cumplidas, como el mismo don Juan de Zúñiga y otros historiadores suyos atestiguan: incansable montero, buen jinete, excelente justador y andarín vigoroso, queda aún por trazar el capítulo historial de estas formas deportivas suyas, con los datos inéditos o poco citados, que no escasean<sup>5</sup>; mas, cuando pasan los años, y éstos templan y moderan los bríos físicos juveniles, seguirá empero atrayéndole el campo, con otros matices nuevos: la soledad, el silencio, la contemplación y recreo en sus bellezas naturales, y el deseo de acrecentarlas con nuevos bosques, florestas y jardines. Todos estos gustos, tan hermanados entre sí unos con otros, tenían que darse lógicamente también en un

---

<sup>5</sup>En mi biografía de *Isabel de Valois, Reina de España*, Madrid, 1949, tomo I, págs. 139-41, me ocupé ya de estos aspectos deportivos de Felipe II.

carácter por extremo metódico y pacífico como era el de don Felipe. El amor a la soledad y a la quietud, el aborrecimiento de las ciudades y su tráfago, sus continuas escapadas a los sitios reales próximos a la Corte, serán ya, en lo sucesivo, como afloramientos de su espíritu, notas genuinas y distintivas de su sensibilidad, que los Embajadores venecianos, vigilantes y puntuales observadores de su vida y costumbres, y con ellos los demás extranjeros acreditados en su Corte, registrarán unánimes en sus famosas *Relaciones y despachos*<sup>6</sup>. Don Felipe multiplica los lugares a donde pueda refugiarse, siempre que se lo consienten sus deberes de gobernante, o para seguir trabajando en ellos con más libertad y reposo. No es uno sólo, en efecto, sino varios y concomitantes los que él amorosamente habilita y her-

---

<sup>6</sup>También traté de este rasgo distintivo del carácter de don Felipe en mi citado libro. Los testimonios de los Embajadores venecianos pueden verse en Albert: *Relazioni degli ambasciatori veneti...* Firenze, 1839-1859, serie I, vol. V, páginas 63, 114, 257, 275, 360, 361, 422, 446, 447.

Asimismo el embajador francés Fourquevaux, en sus *Dépeches...*, publicados por Mr. Douais, París, 1896-1904, confirma este amor de Felipe II a la soledad.

mosea, en satisfacción de estos anhelos. La Casa del Campo y el Palacio de El Pardo, para los meses del invierno; Aranjuez y Aseca, en los primaverales, y el Bosque de Segovia o Valsaín, como resguardo de los calores del estío. Y cuando levante la mole ciclópea de El Escorial, en una dehesa cercana, La Fresneda, construirá también una casa o palacete adonde va con frecuencia para solazarse y aislarse todavía más.

Tales aficiones campestres de don Felipe, formas muy representativas de su sensibilidad, hallarían campo vasto donde explayarse durante su larga estancia en tierras de Flandes, a la sombra de los soberbios bosques que los pueblan con centenarios y gigantesco árboles, y en contemplación diaria y amorosa de sus parques y jardines. La pasión de los flamencos por unos y otras fue siempre muy grande, y el culto a las flores, en especial de los famosos tulipanes, sobradamente conocido. De él se hará lenguas Lope de Vega en su donosa carta a su dilecto amigo, el flamenco Emmanuel Sueyro, al agradecerle el envío de unos tuli-



*Tulipán cultivado. Acuarela sobre papel.*

panes, que florecerían también en el amado huerto del poeta, con “varios colores, hermosa y peregrina vista<sup>7</sup>”. Cuando Isabel Clara Eugenia hace su viaje, en el otoño de 1599, con su primo y esposo ya, el archiduque Alberto, desde la ciudad de Milán hasta Bruselas, al entrar en la raya de sus flamantes Estados, entre aclamaciones y vítores de sus nuevos súbditos, además de las flores con que al pasar por los pueblos llenan su carroza, en uno de los lugares que atraviesa se llegará hasta ella una vieja, y ofreciéndole un ramillete de rosas la dirá: “Señora duquesa, tomad de las flores que producen vuestros Payses-Bajos<sup>8</sup>”. Si no estas flores, por brotar aún, otras parecidas y amorosamente cultivadas en aquellos países había visto, medio siglo antes su padre don Felipe, engendrando en él una viva pasión por ellas.

Pero antes de que las flores, visitosas y cándidas, aparezcan en su vida

---

<sup>7</sup> Carta dedicatoria de su comedia *Lucinda perseguida*, en *Obras...* Acad. Nuev., VII-324.

<sup>8</sup> *Correspondencia de la Infanta Archiduquesa Doña Isabel Clara Eugenia de Austria con el Duque de Lerma*, publicada por Antonio Rodríguez Villa. Madrid, 1906, pág. 331.

y en los gustos del joven Príncipe, hay que poblar Aranjuez, el sitio real más antiguo, al que también su padre, el Emperador, solía acudir de tiempo en tiempo<sup>9</sup>, con toda suerte de árboles que se hagan copados y hermosos, y permitan estancias gratas y largos paseos; y así, ausente Carlos V de España, y en ella don Felipe, como Regente del Reino, desde Aranda de Duero, a 13 de mayo de 1550, dicta las primeras minuciosas instrucciones para los plantíos de árboles que habían de hacerse, en gran escala, en aquel sitio regio. Son, en efecto, las primeras suyas que conozco, seguidas dos años después por las de Madrid, a 17 de mayo de 1552, no menos interesantes y detalladas<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Para las excursiones y estancias de Carlos V en Aranjuez, vid. M. de Foronda: *Estancias y viajes de Carlos V*, Madrid, 1914. Consta por ellas que el Emperador estuvo en Aranjuez en agosto de 1525 (op. cit., págs. 258-259), en diciembre de 1526 (pág. 282), en octubre de 1528 (pág. 316), en marzo de 1529 (pág. 321) y en febrero de 1534 (pág. 384). No constan más visitas suyas a este sitio real, al que solía ir directamente desde Toledo. ¿Cuándo saldrá un filipista que se anime a darnos las *Estancias* de Felipe II durante su vida? Obra mucho más fácil que la monumental hecha por Foronda con el Emperador.

<sup>10</sup> Archivo de Palacio: *Cédulas Reales*, tomo 1, páginas 61 a 64. Firma en ellas "El Príncipe". Repitié-

Las mismas disposiciones forestales se tomarán también desde Flandes para el monte de El Pardo y el Bosque de Segovia<sup>11</sup>.

La preocupación que podríamos llamar *nemorosa* de don Felipe es tan viva como constante y tenaz, y el amor al árbol, una muestra clara y elocuente de la sensibilidad de su espíritu. Si su padre el Emperador, por su ajetreada vida, no pudo ocuparse apenas de bosques y jardines, allí está en cambio su hijo, poco o nada dado a viajar, que llenará esta laguna y pre-

---

ronse estas Instrucciones desde Madrid a 17 de mayo de 1552 (*Ibídem*, 1-1466, 167) y son las más importantes de todas, pues revelan ya la adopción de un plan metódico para la conversión de una dehesa en sitio real. Para ello se mandan arrancar las viñas, olivos y moreras, tirar tapias y hacer una laguna o estanque en el arroyo de Hortigosa, y las dos calles grandes de árboles. Continuáronse dictando nuevas Instrucciones sobre Aranjuez desde Bruselas en 1556 (*Ibídem*, I, 12, 21, 24, 62), y desde Londres en 1557 (*Ibídem*, II, 33 v., 35 v. y 40 v.), en 1558 (*Ibídem*, 11, 48, 62, 128 y 129). Para las plantaciones de chopos en la calle grande de Aranjuez se dictan también órdenes en 1557 (*Ibídem*, II, 35 v. y 40 v.). En todas ellas trátase solamente de árboles y sus plantíos. Los jardines no aparecen aún. Ya vuelto a España Don Felipe, estando en Toledo, y con fecha 1.º de febrero de 1561, envía nuevas Instrucciones a Aranjuez, muy detalladas e importantes, para plantíos de árboles (*Ibídem*, II, 89 v. a 90 v.).

<sup>11</sup> Vid. mi citado libro: *Isabel de Valois...*, op. cit. II, 364, 365, 441.

parará con amorosa previsión los lugares de sus futuras estancias, con todos los adornos y bellezas arbóreas que piden sus gustos.

Al llegar a España hubo de percatarse, a la cuenta, de la falta o escasez de buenos jardineros. La seca y árida Castilla da guerreros y místicos, pero conoce muy poco de los placeres bucólicos. Las flores parece que están todavía recludas tímidamente en los dominios del arte. Los libros de caballerías sacan de vez en cuando a sus heroínas y amadores, recostándose en imaginarias florestas, más retóricas que reales. El mismo Calixto no ofrecerá a Melibea en *La Celestina*, para lograr su conquista, una sola flor; las que se citan de pasada en su inmortal relato serán las que con hierbas, raíces y ramas sirvan para hacer lejías y unturas con que hermohear los femeninos rostros<sup>12</sup>. Y si las novelas pastoriles tienen por escenario al campo, esmaltado por florecillas naturales y humildes, es más bien un recurso de composición

---

<sup>12</sup> *La Celestina*, acto IV.



escénica y poética que una realidad. La flor no aparece, y si lo hace es rarísimamente, en la pintura española del siglo XVI; todavía nuestros artistas no cortan las flores de los jardines para adornar sus lienzos, y, con excepción del Greco, que llevó las azucenas a alguno de sus cuadros, como el admirable de *La Asunción de la Virgen*, que se guarda en San Vicente de Toledo, los nombres de Alonso Vázquez y Antonio Mohedano serán asimismo una excepción en nuestra historia pictórica<sup>13</sup>. Aquella tradición floreal, que en los siglos XIV y XV había llenado los márgenes miniados de los *Libros de Horas* con profusión de margaritas, rosas, tréboles y amapolas, parece cortarse bruscamente durante el XVI, al menos en España. Son tiempos de guerra en que Reyes y nobles gastan sus aceros en empresas más viriles y recias

---

<sup>13</sup>Véase el muy erudito e interesante prólogo puesto por don Julio Cavestany al hermoso catálogo ilustrado de *Floreros y bodegones en la pintura española* (Madrid, 1936-1940), publicado por la benemérita Sociedad Española de Amigos del Arte, donde se estudia la evolución de la flor en la pintura española, y especialmente las páginas 21-28.



*Rosa flore pleno*, de Jan le Francq van Berkhey (1740).

que componer jardines y cultivar flores; cuando venga la paz, y con ella la influencia de la escuela flamenca, muy a comienzos del siguiente XVII, veremos asomar los bodegones y floreros, que tanto y tan brillantemente habían de prodigarse en él.

En el entretanto, y adelantándose a su siglo, Felipe II será como el símbolo y paradigma de este amor a las flores, que tiene en él tres fases o períodos: primeramente, su pasión *nemorosa*, su cariño al árbol, que se manifiesta en las numerosísimas Cédulas reales donde dispone, con su meticulosidad acostumbrada, los plantíos que de ellos han de hacerse en los sitios reales, como hemos visto, labor perseverante, hija de su entusiasmo por el árbol, tan vivo y tesonero como no habrá de sentirlo después ningún otro de los monarcas españoles, sucesores suyos<sup>14</sup>. Conjuntamente con esta pasión, y como segunda fase suya, alienta en él la de los árboles fruta-

---

<sup>14</sup>Haría interminables estas notas si trajera a ellas las numerosísimas Cédulas dictadas de su mano y durante su reinado para la repoblación forestal de los sitios reales. Pueden consultarse fácilmente en los índices de las mismas del Archivo de Palacio.

les, que asimismo manda traer de Flandes y Valencia, año tras año, sin desmayar en ello<sup>15</sup>. De estas dos fases se pasa lógicamente, en buen orden botánico, a la tercera, la de los jardines, cuando, vuelto a España, su asistencia y estada en sus casas de campo hácese larga y frecuente. En ellas surge el Rey *antófilo*, por no decir el Rey antomaníaco, el amante de las flores, el que halla singular deleite en percibir su colorido y aspirar su fragancia.

Mas, para que luzcan las flores, hay que contar con hombres prácticos y avezados que las conozcan, que las siembren y cuiden con el especial cultivo que cada especie pide, y entonces es cuando aparece en la documentación administrativa regia, como reflejo de esta realidad, lo que podríamos llamar la dinastía de los jardineros flamencos y franceses, que durante todo su reinado y hasta su muerte se darán la mano unos con otros, sin interrumpir

---

<sup>15</sup> Archivo de Palacio: *Cédulas Reales*, II, 102 v., 121, 128, 254, 418 v., 419 v., 466 v. Para los naranjos enanos de Málaga, traídos en 1569 y 1570, *Ibidem*, 111, 110 v., 111 y 215.

pir esta florida cadena en servicio suyo. Don Felipe regresa a España a primeros de septiembre de 1559. Son muchos, a no dudarlo, los asuntos y negocios públicos que en el resto de este año y en el siguiente absorben su atención. Pero ya a mediados o fines de 1560 hubo sin duda de ponerla también en cosas de menos monta, pero muy gratas para él, como era la ordenación de sus jardines. Para ello daría sus encargos y comisiones, bien a su hermana Margarita, gobernadora de Flandes, bien a Mr. de Chantonay, su embajador en Francia, bien a su misma suegra, Catalina de Médicis, para que le busquen y envíen jardineros prácticos y primos en su oficio<sup>16</sup>. Y, con efecto, a mediados de 1561

---

<sup>16</sup>En el Diario privado de Isabel de Valois, redactado por Madama de Clermont, al relatar esta dama a Catalina de Médicis la estancia de su hija en Aranjuez en los meses de abril a junio de 1561, léense estas interesantes noticias: "Il y a au bout de la dicte terrase ung pont pour entrer dans une ysle, où il y a une grande allée fort counverte, que meyne en ung fort grand jardin, qui n'est poinct encores en estat, attendant vostre jardinier. Au près du diet jardin le Roy faict faire une forte belle orangerie". (Amezúa: *Isabel de Valois...*, op. cit., III, 112). Orangerie está dicho aquí, naturalmente, por invernadero. En el mismo Diario se cuenta la afición de Felipe II a cenar con doña Isabel en el jardín de Aranjuez (*Ibidem*, III, 116).

comienzan a llegar a España en número copioso, flamencos en su mayoría: Juan Holbecq, natural de Tournay, a quien se le señalan 260 florines de salario anual<sup>17</sup>; con él vienen asimismo Héctor Henneton<sup>18</sup>, Juan Bordiau<sup>19</sup>, Daniel Van Honele y su hermano Joos, ambos de Bruselas, con remuneraciones parecidas<sup>20</sup>; Guillermo Coluens, que cobrará 240 florines<sup>21</sup>; salario que sube a 260 en otro jardinero flamenco, Guillaume de Voos, natural de Malinas, y a la cuenta, el más experto de todos<sup>22</sup>. Con ellos llegan también otros jardineros, éstos ya del reino de Francia, como Estienne y Mathurin Rouet<sup>23</sup>, Juan Lengle<sup>24</sup>, Juan Rebondí y su hermano Andrés, a título de ayudante suyo, cuyos salarios montan de 240 a 260 florines anuales<sup>25</sup>, salvo Juan

---

<sup>17</sup>Cédula de Felipe II, refrendada por su secretario Pedro de Hoyo, dada a 15 de junio de 1561 (Archivo de Palacio, *Cédulas Reales*, II, 123).

<sup>18</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, IV, 188, 342; V, 7 y 468 v.

<sup>19</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, II, 123 v. y 383.

<sup>20</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, II, 123 v.

<sup>21</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, II, 124 y 254 v.

<sup>22</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, II, 124 y 230.

<sup>23</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, II, 124 v., 125; IV, 167 v., 328 v.; V, 114; vi, 322.

<sup>24</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, II, 125 y 272.

<sup>25</sup>*Ibidem*: *Cédulas Reales*, II, 125 y v.; III, 9.

Rebondí, que cobrará “a razón de dos reales diarios, assi fiestas como días de labor<sup>26</sup>”. Todos estos vergeleros destínense a Aranjuez, donde trabajan a las órdenes de su Alcayde o Guarda Mayor, Rugel Patien, a la cuenta francés o flamenco<sup>27</sup>, y bajo la supervisión y vigilancia de Alonso de Mesa, Contador y Veedor de las obras de Aranjuez, a quien se le dan para el caso unas extensas y capitales instrucciones desde Madrid, por Cédula regia de 25 de junio de 1561<sup>28</sup>, y donde asimismo prestan sus servicios otros españoles, como Pablo de Montoya y Alonso Vázquez, aunque éste tenga por oficio especial el de “chapodar y adereçar las calles de chopos” que se han plantado allí<sup>29</sup>.

En los años sucesivos, las Cédulas regias nos darán noticia de nuevos nombramientos de jardineros para

---

<sup>26</sup> *Ibídem: Cédulas Reales*, II, 125 y v.

<sup>27</sup> *Ibídem: Cédulas* de 1 de febrero y 26 de julio de 1561, II, 88, 89 y 227 v.

<sup>28</sup> *Ibídem: Cédulas Reales*, II, 127 a 130 y 227 v.

<sup>29</sup> En la Cédula Real de 15 de junio de 1561 figura la nómina o relación de todos los jardineros franceses y flamencos que trabajaban por entonces en las casas reales. (*Ibídem: Cédulas Reales*, II, 120 a 125.)

los demás sitios reales; y así, en 1562, Martín Linche, francés, adscríbese al Palacio de El Pardo; Pedro Henne-ton, en sustitución de su fallecido her-mano Héctor, entra en la Casa del Campo; y Pedro Xalque, tudesco, que pasa en 1568 a Aranjuez<sup>30</sup>. En 1576 se nombra a Huberto Guisdal, hijo de Andrés Guisdal, flamenco, para que sirva de jardinero en Aranjuez; y al siguiente año de 1578 a Esteban Fran-cés, con igual oficio en la Casa del Campo, y sus buenos tres reales dia-rios de salario<sup>31</sup>.

Las Cédulas reales, aun en su mis-mo parco lenguaje cancilleresco, nos informarán también de otros porme-nores y noticias curiosas sobre la mar-cha de los jardines reales y la vida de los jardineros españoles, tudescos, fla-mencos y franceses que los cuidan, y en todas se advierte la mano detallis-ta, minuciosa y organizadora de don Felipe, con multitud de datos muy curiosos para la historia de la jardi-

---

<sup>30</sup> *Cédulas reales* de 25 de enero de 1562, 24 de sep-tiembre de 1574 y 29 dediciembre de 1668. (*Ibídem*: I, 167; IV, 138, y III, 98.)

<sup>31</sup> *Cédulas* de 11 de febrero de 1576 y 29 de marzo de 1577. (*Ibídem*: IV, 300 v., y V, 13 v. y 14.)



nería en España. Porque no basta tener expertos jardineros: Aranjuez, la Casa del Campo, Valsaín y los demás sitios reales donde aquéllos trabajan, son pobres todavía en árboles y plantas, y para suplir estas faltas abundan las comisiones y encargo, que, por mandado del Monarca, se dan para traerlos de diferentes regiones y países, reflejados en sus Cédulas reales. En 2 de mayo de 1561, estando aún don Felipe en Toledo, pero ya con el pie en el estribo para venir a Madrid y asentar en esta villa su nueva Corte, sabemos que han venido de Flandes 12 líos y fardos con árboles y plantas y diversas herramientas, además, propias del arte de la jardinería, que, a la cuenta no se conocían en España y que se desembarcan todos en el santanderino puerto de Laredo<sup>32</sup>. Un mes después se entregan 800 escudos de oro del Sol (moneda francesa) a Claudio Challar, criado del Obispo de Limoges, embajador de Francia a la sazón cerca del Rey Prudente, a fin de que compre allí cierta cantidad de

---

<sup>32</sup> Cédula de 2 de mayo de 1561. (*Ibidem*: 102 v. y 103.)

árboles y plantas para Aranjuez<sup>33</sup>. Asimismo, por Cédula de 22 de febrero de 1562, Alonso Berrocal, “a cuyo cargo son los jardines de nuestra casa real del Bosque de Segovia”, recibe los dineros necesarios para que adquirieran también árboles, simientes y yerbas “para plantar, sembrar y criar en los dichos jardines, y que estén bien tratados y luzidos<sup>34</sup>”. Son los tiempos en que don Felipe transforma y hermosea aquel sitio real, con el propósito de que pueda acompañarle en él su amante esposa, doña Isabel de Valois, y gocen juntos, como habrán de hacerlo poco después, de los encantos y soledad que les brinda tan bello rincón.

Los árboles llegados a Laredo en el año anterior, que habían sido trasplantados en el pueblo inmediato de Colindres, eran en número de 4.100, y para traerlos al Palacio de El Pardo, adonde estaban destinados, se da la oportuna comisión a Guillermo Coluens, jardinero flamenco, a fin de que se haga cargo de ellos, mandando que no se le cobre nada en las

---

<sup>33</sup> Cédula de 21 de junio de 1561. (*Ibidem*: II, 120.)

<sup>34</sup> Cédula de 22 de febrero de 1562. (*Ibidem*: II, 301.)

posadas de su camino, y se le provea de las necesarias bestias de guía y carretas de transporte de que hubiere menester<sup>35</sup>.

Menudean sobremanera, de 1562 a 1570, las Cédulas reales relativas a la ordenación y embellecimiento de los jardines regios, y haría interminable esta relación si fuera anotando todas; pero entre dichos años hay uno, el de 1565, en que la actividad jardinera es extraordinaria y fecunda por demás. En enero de dicho año vienen de Flandes 19 cestas con diferentes especies de árboles y 17 cajas de diversas plantas y simientes<sup>36</sup>. Asimismo, se mandan traer del Reino de Valencia árboles y arbustos con murgones de mosquetas, murtas, jazmines y otras plantas de jardín para adornar el de Aranjuez<sup>37</sup>; como de Sevilla llegarán, asimismo, a fines de aquel año, “cierta cantidad de plantas y yerbas” con igual destino<sup>38</sup>.

---

<sup>35</sup> Cédulas de 7 y 8 de noviembre, de 1562. (*Ibidem*: II, 274 y 294.)

<sup>36</sup> Cédula de 7 de enero de 1565. (*Ibidem*: II, 419 v.)

<sup>37</sup> Cédula de 6 de enero de 1565. (*Ibidem*: II, 160.)

<sup>38</sup> Cédula de 10 de diciembre de 1565. (*Ibidem*: III, 4 v.)